CUENCA TORIBIO, José Manuel: *Catolicismo contemporáneo de España y Europa. Encuentros y divergencias.* Ediciones Encuentro, Madrid 1999, 131 pp.

El profesor Cuenca reúne en este libro varios artículos publicados con anterioridad, con los que ha logrado componer un tema coherente sobre las relaciones del catolicismo español con otras corrientes y movimientos católicos europeos. Tema importante, porque todo estudio comparativo ayuda a conocer mejor la propia historia desde perspectivas ajenas, y porque, indirectamente, realza el influjo del pueblo cristiano en las sociedades europeas. Al igual que en otros trabajos, el autor actúa en éste como pionero de un tema prácticamente inédito en su versión global. Esta circunstancia explica las características de la obra. Se nos ofrecen catas sobre temas que deben ser investigados, sugerencias que animan a roturar caminos, hipótesis nada gratuitas que, sin embargo, invitan a realizar comprobaciones más extensas y profundas. El ilustre catedrático de Córdoba destila en este libro, como suele, su asombrosa erudición y su estilo brillante, acuñado con golpes de ingenio y vocabulario exquisito. Sus ensayos –y este libro es otro ejemplo– presuponen un alto nivel cultural en los lectores, pues el autor no pretende repetir esquemas, sino que hace pensar, plantea problemas, abre horizontes nuevos y sugiere puntos de vista interesantes.

A modo de introducción, el libro comienza con una síntesis del catolicismo español contemporáneo. Perspectiva, la llama el autor. Es una visión panorámica, muy apretada, a vista de águila, en la que se glosan, en concisos y breves comentarios, las etapas clásicas del catolicismo español, desde la guerra «religiosa» de la Independencia hasta la situación actual, marcada por el alto grado de secularización de la sociedad española. Sobre esta base se hacen las sucesivas comparaciones. Cinco son los catolicismos que se traen en comparación con los nuestros: el francés, el portugués, el italiano, el belga y el alemán. En general, se observa que nuestras singularidades no son tantas, pues dominan las afinidades en las mismas cuestiones decisivas. Pero también se ve claro que la intensidad de las relaciones no fue la misma con todos los países, y que las influencias varían según los campos a los que se dirigen y las épocas en que se desarrollan. En

conjunto se presta más atención al siglo XX, y dentro de éste se marcan claramente las diferencias antes y después del Vaticano II.

Las relaciones entre el catolicismo español y francés se explican con mayor detención, con lo que se corrobora el hecho, de sobra conocido, de la gran dependencia del pensamiento católico español respecto al francés, como parcela del influjo cultural en todos los campos. Los influjos alcanzan todas las corrientes: tradicionalismo, liberalismo católico, integrismo, etc. E igualmente la espiritualidad, la devoción, y el trasvase de instituciones. Es claro el mimetismo del anticlericalismo español respecto del vecino, y la poca permeabilidad, en cambio, del modernismo, debido al retraso cultural del catolicismo hispano. En cambio, el influjo teológico y espiritual fue enorme desde los años veinte hasta el Concilio, para lo que basta recordar los nombres de Congar, Chenu, De Lubac, Teilhard, los curas obreros, o los novelistas Claudel, Mauriac y Bernanos. Lo cierto es que, como resume el autor, Francia fue punto obligado de referencia para los católicos españoles de todos los matices: ultramontanos, progresistas o conservadores, que encontraban, según sus criterios, modelos para imitar o aborrecer en la patria de San Luis y de Robospierre.

El interés de Francia contrasta con el desinterés hacia Portugal, una situación de «enclaustramiento deseado». No hubo préstamos ni influencias en los dos pueblos peninsulares, a pesar de sus afinidades en cultura e historia misional y espiritual. La atracción de Fátima es casi el único intercambio a nivel popular. Los desencuentros políticos podrían ser una de las causas de ese desencuentro religioso, que es necesario superar. También se considera insuficiente el intercambio con Italia, para lo que se apunta, como razón de fondo, a la semejanza de dos catolicismos paralelos, poco plurales, y por tanto con pocos alicientes de imitación. No era ese el caso de Bélgica, donde había un catolicismo comprometido con las libertades, abierto en lo social, con organizaciones seglares muy desarrolladas. Un modelo que, precisamente por su perfección, resultaría inalcanzable para el catolicismo español, «una indiferencia». Sin embargo, se recuerdan iniciativas muy fecundas procedentes de Bélgica como la JOC de Cardijn, y los influjos intelectuales de Mercier, Leclercq o Moeller. En contraste con los influjos débiles de estos tres países, la relación del catolicismo español con el alemán se califica como «un encuentro», aunque tardío. Después de la guerra mundial se produjo la eclosión de la teología alemana, en la que se educaron muchos jóvenes españoles que la divulgaron en publicaciones, editoriales y cátedras.

El carácter de cala y sugerencia de estos ensayos comparativos cuestiona, como es lógico, la aceptación de algunas afirmaciones discutibles, y trae a la memoria muchos nombres o situaciones que el autor no ha creído oportuno señalar, en el elenco no exhaustivo sino indicativo con que ha querido esmaltar las relaciones de los catolicismos europeos. Puestos a mencionar tópicos influyentes, por ejemplo, se podría haber recordado a Don Bosco o al P. Lombardi, al P. Ramière o a Möhler, a Lourdes y la Gregoriana, a las Conferencias de San Vicente de Paúl, los Hermanos de la Salle o Comunión y Liberación. Cuenca nos ha mostrado el mar, sin recontar todos los barcos que por él

navegan. Nos ha señalado más bien los influjos recibidos pasivamente por el catolicismo español, pero eso mismo nos invita a estudiar las influencias activas de éste fuera de España. ¿O es que nuestro catolicismo contemporáneo fue tan anodino y desfasado que sólo supo conjugar la voz pasiva? Es posible que esto sucediera en el plano teológico, pero en los impulsos devocionales, institucionales o evangelizadores, los activos del catolicismo hispano fueron muy poderosos, no sólo en Hispanoamérica y tierras de misión.

El libro se completa con dos artículos dedicados al anticlericalismo, que, dadas sus conexiones internacionales, especialmente francesas, no deja de ser un contrapunto sugestivo en este estudio comparativo. En el primer artículo se ofrece un punto de partida para la comprensión del anticlericalismo español, atendiendo a sus modalidades: popular, político e intelectual. Se insiste, con razón, en la importancia de este último, por sus contenidos regeneradores y por la variedad de sus medios expresivos, entre los que se destacan los literarios. Como los jesuitas fueron siempre el bocado apetecido de los anticlericales, se añade, a modo de ejemplo, un interesante artículo final sobre «La imagen literaria de los jesuitas de la postguerra». La muestra se forma con varios autores que fueron antiguos alumnos de los colegios de jesuitas de Barcelona. Los dos primeros, Carlos Barral y Salvador Pániker, nos hacen una descripción muy negativa de sus viejos maestros, a los que tachan de pésimos educadores. En un intento por interpretar juicios tan denigrantes, el autor ofrece una explicación de corte psicológico: los citados escritores, hijos de la burguesía catalana, acuden al esquema víctima-verdugo para expiar la traición de unas familias que pactaron con la dictadura, olvidando su identidad. Eso explicaría que impregnaran las vivencias de su juventud con actitudes adquiridas posteriormente. Lo que provoca mayores objeciones contra esas descripciones antijesuíticas son los testimonios de otros cuatro novelistas coetáneos de los anteriores. Juan Goytisolo, Juan Gomis, J. A. Linati Bosch, y Joan Raventós han escrito textos, en los que, en general, los jesuitas y su educación quedan bastante bien parados, teniendo en cuenta la presión de las circunstancias durísimas de los años cuarenta. Sin ocultar los defectos, Gomis insiste en una virtud de aquellos jesuitas: «no eran hipócritas, sino auténticos, la fe era para ellos la razón de su vida». Estos testimonios se corroboran con los de otros dos escritores de una generación anterior: Agustín Calvet (Gaziel) y Joaquín Mª de Nadal, que frecuentaron las aulas jesuíticas cuatro o cinco décadas antes que los anteriores. El lector debe advertir que, por haberse omitido en el texto la cifra que corresponde a la nota 11, ésta y las que siguen, hasta la 13, están trastocadas, y que en esta última la cita que se transcribe corresponde a las *Memòries* de Gaziel (*Tots els camins*, p. 158-162), y no a las *Memòries* de Nadal. Estos dos últimos testimonios se podrían haber completado con el que escribió, en el capítulo VIII de sus *Memòries*, Josep María de Sagarra (1894-1961), que de 1906 a 1910 fue alumno del colegio de la Calle de Caspe, de cuyos profesores escribió también impresiones muy positivas. El elemento comparativo lo ofrecen, desde Francia, el gran periodista Jean Lacouture, y el historiador Philippe Ariés, que han ponderado los valores pedagógicos de sus profesores jesuitas. Cuenca atribuye estas

últimas alabanzas a la mejor formación cultural de los jesuitas franceses. En todo caso, comparando los juicios de Barral y Pániker con los demás sorprende hasta qué punto una misma realidad puede ser interpretada de manera tan diversa. La explicación de esas diferencias es, según el autor, «cuestión filosófica y conceptual de alto bordo que ni siquiera tangentearemos pese a su innegable interés para nuestro tema» (p. 126). Es una pista más entre las muchas que este incitante libro nos invita a roturar.

M. Revuelta González

TUSELL, J.; AVILÉS, J.; PARDO, R. (Eds.): *La política exterior de España en el siglo XX*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. 574 pp. (24 x 17)

Esta obra representa una aproximación de conjunto a la política exterior de España durante el siglo XX, llevada a cabo por historiadores especialistas en cada uno de sus campos de expresión y análisis. Aparece dividido en cuatro grandes bloques temáticos, incidentes sobre el reinado de Alfonso XIII, la Segunda República y la Guerra Civil, la dictadura de Franco y desde la Transición a nuestros días. Tras largas décadas de repliegue interior, hoy por hoy España goza de gran preeminencia en los foros internacionales, lo que es motivo de loa hacia nuestros políticos y de centro de interés por parte de la historiografía coetánea.

Tusell señala tres ciclos en la política española de esta centuria. El 98 puede considerarse más como un comienzo que como un final. La acuñación del término regeneracionismo sirve para definir toda la política española del primer tercio de la centuria novecentista tal como lo ponen de manifiesto la voluntad de los gobernantes nacionales de adscribirse al sistema internacional a través de la integración indirecta en la «entente» franco-británica desde 1907, situación similar a la del siglo precedente con la Cuádruple Alianza; el despliegue de una política más vigorosa conducente a consolidar lo recibido y a ampliarlo territorialmente; la puesta en marcha de nuevos mecanismos de actuación con el fin de lograr una presencia más activa en lugares como Hispanoamérica, Portugal, Gibraltar o Tánger; o una cierta tendencia a subvertir el «statu quo» mediante el recurso a un cierto cambio de alianzas. En cualquier caso, se puede afirmar que existió un acuerdo fundamental entre las distintas fuerzas políticas en cuanto a la política exterior del periodo. Respecto a la Primera Guerra Mundial, España optó por el mantenimiento de la neutralidad, actitud que le valió ser la única nación neutral que tras el conflicto dispuso de un puesto semipermanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones, aunque su salida temporal durante la dictadura de Primo de Rivera fuera considerada como una torpeza por las potencias europeas. Este hecho, más la catástrofe de Annual (1921), la experta mano de la diplomacia británica y la estabilidad internacional de los años 20 acabaron por hacer volver al país al lugar que le correspondía en el escenario internacional.